

EL SEÑOR

D. JOAQUIN DIAZ GARCÉS

Nuestro diario está de duelo
por la muerte de uno de sus re-
dactores, don Joaquín Díaz Gar-
cés. Llegó a esta casa a princi-
pios del año anterior, en plena
madurez de su talento, con una
fecunda historia en el periodis-
mo nacional, uno de cuyos prin-
cipales puestos había conquista-
do desde hacía tiempo. Abando-
naba "El Mercurio", donde tra-
bajó muchos años, no sin sentir
el penoso desgarramiento de an-
tiguos afectos, obediente a los
dictados del patriotismo, tal co-
mo él lo entendió en aquella ho-
ra, que le señalaba un camino de-
cidido en la contienda electoral
que se iniciaba con rasgos de lu-
cha de clases, comprometiendo
el porvenir del país. En nuestras
columnas deja una profunda hue-
lla. Laborioso, dotado de las
más generosas dotes de escritor,
a menudo enviaba hasta cuatro
artículos al día, de asuntos, de
carácter, de tono diversos, todos
de interés. Ha tratado con ar-
dor las cuestiones políticas; pro-
digó virilmente su persona en los
largos meses de las contiendas
electorales; se presentó en una
faz nueva en el periodismo na-
cional. Escribiendo sobre su fir-
ma, en plena libertad, sin la res-
ponsabilidad embarazadora de
los artículos editoriales, pudo
manejar todos los recursos de su
talento, animado por pasiones
nobles. En el periodismo fran-
cés contemporáneo, hay algunos
nombres con los cuales podría
compararse. Únicamente lo
trabaja de la enfermedad que le
había herido, pudo detener su
actividad; y aun en los días—no
hace más de una semana—de tre-
gua de sus dolencias, avaloraba
nuestras columnas con artículos
de vehemente lucha contra el so-
cialismo engañoso, en defensa
del espíritu nacional, de la ver-
dadera tradición chilena de buen
sentido generoso, excluyente de
odios y envidias, que ha labrado
nuestra historia.

Desde su adolescencia tuvo
Joaquín Díaz la vocación de la
prensa; a los dieciséis años cola-
boraba en "El Chileno". En
1899 entró en "El Mercurio",
donde trabajó hasta hace algún
tiempo, descontando los cuatro
años de su carrera diplomática,
como secretario de nuestras Le-
gaciones en Italia y Bélgica. En
"El Mercurio" desempeñaba la
redacción principal. La flexibili-
dad de su talento le permitía es-
cribir—allí, como después en
nuestro diario—con igual acier-
to artículos de fondo, de cos-
tumbres, de fina observación, de
notas humorísticas de carácter
propio y espíritu muy chileno, crí-
ticas de literatura y de arte. Sa-
bía hacer meditar en las colum-
nas destinadas a materias de im-
portancia, a cuestiones de gobier-
no o internacionales, por ejem-
plo; sabía hacer reír en las sec-
ciones ligeras; sabía conmover
cuando narraba una desgracia o
se acudía a su pluma para que
moviera al público al socorro de
las instituciones de caridad o de
los necesitados.

Joaquín Díaz fué ante todo un
periodista; así se estimaba él;
fué lo predominante de su carre-
ra; pero a un mismo tiempo era
un literato con mucho genio de
artista. Su periodismo era lite-
rario; si escribía una informa-
ción, si hacía un comentario o
narraba una entrevista, no proce-
día como un periodista inglés,
por ejemplo, que procura sólo
hacer valer sus informaciones,
comentarios etc.; aparecía el lí-
terato que bordaba con arte sus
anotaciones, siempre con ameni-
dad, acaso con perjuicio de la
sobriedad algunas veces. En su
literatura había un gran paisajis-
ta y retratista. Recordemos sus
descripciones de la naturaleza
austral, de la región de Magalla-
nes y de la Tierra del Fuego; es
lo mejor que hemos leído de este
género en nuestro país; recor-
demos también sus descripciones

Los que escribimos en este
diario, que es de combate, en este
diario, que es de católicos, decimos
de Joaquín Díaz Garcés: nos ha
precedido en el descanso
después del combate, y nos ha
precedido con la señal de la fe.

Hace unos tres años, Joaquín
Díaz fué objeto de cordialísima
manifestación social. Había sido
llamado a la Academia Chilena
en reconocimiento de su notable
carrera de periodista. Se congrega-
ban para festejarlo sus cole-
gas de prensa, sus muchos ami-
gos, personas a que había podi-
do servir con fines elevados des-
de las columnas de los diarios,
admiradores numerosos. Tenía
cuarenta años, había adquirido
nombre, la halagadora mani-
festación le colmaba de satisfac-
ción legítima... En una parte de
su discurso exclamó, parodiando
a Fausto: ¡Oh tiempo, detente...
cuán hermoso eres!...

¡Ah! el tiempo no se detuvo;
y ha corrido para él con veloci-
dad vertiginosa. Llegaba el mo-
mento de abandonar todo: el
joven hogar formado, la familia,
los amigos, la carrera predilec-
ta, la vida... Ha tenido la cien-
cia cristiana de saber morir, inex-
plicable para aquellos en quie-
nos no alientan la fe y la espe-
ranza...

JOAQUIN DIAZ GARCÉS

Joaquín Díaz Garcés vivió en
este diario el último año y me-
dio, que fué la porción más pre-
ciosa de su preciosa existen-
cia.

Su sentimiento patriótico lo
llamó a la acción política en la
prensa para defender en hora
amenazante los principios del
orden y los altos intereses nacio-
nales. Y, haciendo abnegados
sacrificios, se lanzó a la lucha.

Su sentimiento religioso, siem-
pre profundo y siempre puro
durante su vida entera, subió a
la exaltación fervorosa.

De naturaleza rica en senti-
mientos, abrigaba todos los no-
bles amores, su hogar, su fami-
lia, su patria, su religión. Culti-
vó la amistad; deja amigos nu-
merosísimos que han sentido
ayer humedecerse los ojos...

Hace apenas dos meses, en una
de esas crisis en que los médicos
desesperaban de salvarlo, Joaquín
Díaz Garcés rogó a un amigo que
viniera a hablar con él.

Desaba—según me dijo—que
escribiera su necrología y se la
enviara para corregir las pruebas
y estar seguro de que en ella no
se le comparaba con ningún poeta
modernista.

Su buen humor, que se sobre-
ponía a todos los sufrimientos, le
dictaba esta última burla al co-
lega y amigo, que—bien lo sabía—
lo quería demasiado para es-
tampar en el papel las frías y so-
noras frases de lo que ha dado en
llamarse una necrología.

Joaquín Díaz ha muerto. Ha
muerto joven, en plena actividad
cerebral, lleno de nobles ambicio-
nes, y cuando más se necesitaba
de su talento, de su ingenio, de
su pluma.

¡Tener que morir—dijo un
día a los que lo rodeaban—en este
momento en que hoy tanto que
escribimos!

Escribir era la más honda pre-
ocupación de su existencia. Cerca-
do por los sinsabores de la lucha
constante por la vida—el artista
era un árbol de flor, rico en belle-
za espiritual, pero pobre en frutos
materiales—Joaquín Díaz se re-
fugiaba en la literatura, y cubría
con la máscara del humorismo, de
la ironía, y a veces hasta del sar-
casmo, la sensibilidad y la ternu-
dad que constituían el fondo de su
carácter bondadoso, leal y abne-
gado.

No sé yo, por cierto, quien
entre a juzgar su obra literaria.
Ni tengo títulos para ello, ni ten-
dría imparcialidad suficiente para
dejar de aplaudirla por entero.

Los que escribimos en este
diario, que es de combate, en este
diario, que es de católicos, decimos
de Joaquín Díaz Garcés: nos ha
precedido en el descanso
después del combate, y nos ha
precedido con la señal de la fe.

Hace unos tres años, Joaquín
Díaz fué objeto de cordialísima
manifestación social. Había sido
llamado a la Academia Chilena
en reconocimiento de su notable
carrera de periodista. Se congrega-
ban para festejarlo sus cole-
gas de prensa, sus muchos ami-
gos, personas a que había podi-
do servir con fines elevados des-
de las columnas de los diarios,
admiradores numerosos. Tenía
cuarenta años, había adquirido
nombre, la halagadora mani-
festación le colmaba de satisfac-
ción legítima... En una parte de
su discurso exclamó, parodiando
a Fausto: ¡Oh tiempo, detente...
cuán hermoso eres!...

Hace apenas dos meses, en una
de esas crisis en que los médicos
desesperaban de salvarlo, Joaquín
Díaz Garcés rogó a un amigo que
viniera a hablar con él.

Desaba—según me dijo—que
escribiera su necrología y se la
enviara para corregir las pruebas
y estar seguro de que en ella no
se le comparaba con ningún poeta
modernista.

Su buen humor, que se sobre-
ponía a todos los sufrimientos, le
dictaba esta última burla al co-
lega y amigo, que—bien lo sabía—
lo quería demasiado para es-
tampar en el papel las frías y so-
noras frases de lo que ha dado en
llamarse una necrología.

Joaquín Díaz ha muerto. Ha
muerto joven, en plena actividad
cerebral, lleno de nobles ambicio-
nes, y cuando más se necesitaba
de su talento, de su ingenio, de
su pluma.

¡Tener que morir—dijo un
día a los que lo rodeaban—en este
momento en que hoy tanto que
escribimos!

Escribir era la más honda pre-
ocupación de su existencia. Cerca-
do por los sinsabores de la lucha
constante por la vida—el artista
era un árbol de flor, rico en belle-
za espiritual, pero pobre en frutos
materiales—Joaquín Díaz se re-
fugiaba en la literatura, y cubría
con la máscara del humorismo, de
la ironía, y a veces hasta del sar-
casmo, la sensibilidad y la ternu-
dad que constituían el fondo de su
carácter bondadoso, leal y abne-
gado.

Los que escribimos en este
diario, que es de combate, en este
diario, que es de católicos, decimos
de Joaquín Díaz Garcés: nos ha
precedido en el descanso
después del combate, y nos ha
precedido con la señal de la fe.

Hace unos tres años, Joaquín
Díaz fué objeto de cordialísima
manifestación social. Había sido
llamado a la Academia Chilena
en reconocimiento de su notable
carrera de periodista. Se congrega-
ban para festejarlo sus cole-
gas de prensa, sus muchos ami-
gos, personas a que había podi-
do servir con fines elevados des-
de las columnas de los diarios,
admiradores numerosos. Tenía
cuarenta años, había adquirido
nombre, la halagadora mani-
festación le colmaba de satisfac-
ción legítima... En una parte de
su discurso exclamó, parodiando
a Fausto: ¡Oh tiempo, detente...
cuán hermoso eres!...

Hace apenas dos meses, en una
de esas crisis en que los médicos
desesperaban de salvarlo, Joaquín
Díaz Garcés rogó a un amigo que
viniera a hablar con él.

Desaba—según me dijo—que
escribiera su necrología y se la
enviara para corregir las pruebas
y estar seguro de que en ella no
se le comparaba con ningún poeta
modernista.

Su buen humor, que se sobre-
ponía a todos los sufrimientos, le
dictaba esta última burla al co-
lega y amigo, que—bien lo sabía—
lo quería demasiado para es-
tampar en el papel las frías y so-
noras frases de lo que ha dado en
llamarse una necrología.

Joaquín Díaz ha muerto. Ha
muerto joven, en plena actividad
cerebral, lleno de nobles ambicio-
nes, y cuando más se necesitaba
de su talento, de su ingenio, de
su pluma.

¡Tener que morir—dijo un
día a los que lo rodeaban—en este
momento en que hoy tanto que
escribimos!

Escribir era la más honda pre-
ocupación de su existencia. Cerca-
do por los sinsabores de la lucha
constante por la vida—el artista
era un árbol de flor, rico en belle-
za espiritual, pero pobre en frutos
materiales—Joaquín Díaz se re-
fugiaba en la literatura, y cubría
con la máscara del humorismo, de
la ironía, y a veces hasta del sar-
casmo, la sensibilidad y la ternu-
dad que constituían el fondo de su
carácter bondadoso, leal y abne-
gado.

Los que escribimos en este
diario, que es de combate, en este
diario, que es de católicos, decimos
de Joaquín Díaz Garcés: nos ha
precedido en el descanso
después del combate, y nos ha
precedido con la señal de la fe.

Hace unos tres años, Joaquín
Díaz fué objeto de cordialísima
manifestación social. Había sido
llamado a la Academia Chilena
en reconocimiento de su notable
carrera de periodista. Se congrega-
ban para festejarlo sus cole-
gas de prensa, sus muchos ami-
gos, personas a que había podi-
do servir con fines elevados des-
de las columnas de los diarios,
admiradores numerosos. Tenía
cuarenta años, había adquirido
nombre, la halagadora mani-
festación le colmaba de satisfac-
ción legítima... En una parte de
su discurso exclamó, parodiando
a Fausto: ¡Oh tiempo, detente...
cuán hermoso eres!...

Hace apenas dos meses, en una
de esas crisis en que los médicos
desesperaban de salvarlo, Joaquín
Díaz Garcés rogó a un amigo que
viniera a hablar con él.

Desaba—según me dijo—que
escribiera su necrología y se la
enviara para corregir las pruebas
y estar seguro de que en ella no
se le comparaba con ningún poeta
modernista.

Su buen humor, que se sobre-
ponía a todos los sufrimientos, le
dictaba esta última burla al co-
lega y amigo, que—bien lo sabía—
lo quería demasiado para es-
tampar en el papel las frías y so-
noras frases de lo que ha dado en
llamarse una necrología.

Joaquín Díaz ha muerto. Ha
muerto joven, en plena actividad
cerebral, lleno de nobles ambicio-
nes, y cuando más se necesitaba
de su talento, de su ingenio, de
su pluma.

¡Tener que morir—dijo un
día a los que lo rodeaban—en este
momento en que hoy tanto que
escribimos!

Escribir era la más honda pre-
ocupación de su existencia. Cerca-
do por los sinsabores de la lucha
constante por la vida—el artista
era un árbol de flor, rico en belle-
za espiritual, pero pobre en frutos
materiales—Joaquín Díaz se re-
fugiaba en la literatura, y cubría
con la máscara del humorismo, de
la ironía, y a veces hasta del sar-
casmo, la sensibilidad y la ternu-
dad que constituían el fondo de su
carácter bondadoso, leal y abne-
gado.

Los que escribimos en este
diario, que es de combate, en este
diario, que es de católicos, decimos
de Joaquín Díaz Garcés: nos ha
precedido en el descanso
después del combate, y nos ha
precedido con la señal de la fe.

Hace unos tres años, Joaquín
Díaz fué objeto de cordialísima
manifestación social. Había sido
llamado a la Academia Chilena
en reconocimiento de su notable
carrera de periodista. Se congrega-
ban para festejarlo sus cole-
gas de prensa, sus muchos ami-
gos, personas a que había podi-
do servir con fines elevados des-
de las columnas de los diarios,
admiradores numerosos. Tenía
cuarenta años, había adquirido
nombre, la halagadora mani-
festación le colmaba de satisfac-
ción legítima... En una parte de
su discurso exclamó, parodiando
a Fausto: ¡Oh tiempo, detente...
cuán hermoso eres!...

Hace apenas dos meses, en una
de esas crisis en que los médicos
desesperaban de salvarlo, Joaquín
Díaz Garcés rogó a un amigo que
viniera a hablar con él.

Desaba—según me dijo—que
escribiera su necrología y se la
enviara para corregir las pruebas
y estar seguro de que en ella no
se le comparaba con ningún poeta
modernista.

Su buen humor, que se sobre-
ponía a todos los sufrimientos, le
dictaba esta última burla al co-
lega y amigo, que—bien lo sabía—
lo quería demasiado para es-
tampar en el papel las frías y so-
noras frases de lo que ha dado en
llamarse una necrología.

Joaquín Díaz ha muerto. Ha
muerto joven, en plena actividad
cerebral, lleno de nobles ambicio-
nes, y cuando más se necesitaba
de su talento, de su ingenio, de
su pluma.

¡Tener que morir—dijo un
día a los que lo rodeaban—en este
momento en que hoy tanto que
escribimos!

Escribir era la más honda pre-
ocupación de su existencia. Cerca-
do por los sinsabores de la lucha
constante por la vida—el artista
era un árbol de flor, rico en belle-
za espiritual, pero pobre en frutos
materiales—Joaquín Díaz se re-
fugiaba en la literatura, y cubría
con la máscara del humorismo, de
la ironía, y a veces hasta del sar-
casmo, la sensibilidad y la ternu-
dad que constituían el fondo de su
carácter bondadoso, leal y abne-
gado.



JOAQUIN DIAZ GARCÉS

Hace apenas dos meses, en una
de esas crisis en que los médicos
desesperaban de salvarlo, Joaquín
Díaz Garcés rogó a un amigo que
viniera a hablar con él.

JOAQUIN DIAZ GARCÉS

Ha caído en la brecha, em-
batiendo como bueno.

Era el último consuelo que po-
día dejar a los que lloramos su
pérdida, y, generoso, como él
pre, nos lo ha dado.

JOAQUIN DIAZ GARCÉS

Del estilo de Joaquín Díaz,
podría decirse con el historiador
romano que, como la llama, ar-
día para alumbrar y se ergía
para alcanzar.

En los últimos meses, cuando
el raciocinio y la lógica eran in-
capaces de llevar la verdad as-
ta tantos cerebros oscurecidos
por larga prédica revolucionaria,
fué menester la misteriosa vibra-
ción de la poesía para llegar a
los corazones. El llenó esa mis-
ión. Su pluma destiló sombras
y luces, y llegó a pintar en un
mismo artículo a Recabarren y
a Argandoña. Fué un sembrador
de los sentimientos que hoy es-
tán apareciendo en todas partes.
O una nueva floración del a-
triotismo.

En estos momentos en que
desde fuera golpean nuestros co-
razones, y en que a veces nos se-
guran las carnes, todavía es
cruel, la ruptura espontánea de
alguna astilla mohosa de la pi-
pía armadora, todos hemos re-
tido la falta de un artículo de
su pluma, inactiva por la en-
fermedad, que habría sabido tra-
cir y devolvernos en imágenes
nuestras íntimas impresiones.

Y hoy mismo, al abrir el lí-
bro para buscar en él un refre-
jo del dolor que nos produce un
partido, ¡cómo sentiremos todo
el vacío que deja en estas co-
lumnas este admirable poeta del
periodismo!

JOAQUIN DIAZ GARCÉS

Cuando muere un hombre
muerto Joaquín Díaz Garcés, se
va consigo a la tumba un peso
de la vida de los que que en
este mundo, tan lleno de
sueñas esperanzas para los que
llegan, como de recuerdos y
tanta desengaños para los que
tán al partir.

Los más nobles sentimien-
tos, las más generosas aspiracio-
nes de alma aún no endurecidas
por la lucha y el dolor, las últi-
mas alegrías de la juventud que
lucía la límpida nobleza de su

todo eso era Joaquín Díaz
espíritu. A Dios le plúgose saca-
rlo de este mundo, donde su pre-
sencia y su ejemplo nos fortale-
cían y consolaban.

La vida, las ilusiones y las es-
peranzas se nos van.

Alberto Edwards.

JOAQUIN DIAZ GARCÉS

La muerte acaba de arrebatar
a Chile uno de sus hijos que me-
jor lo han servido, dejando en
las letras nacionales un vacío di-
fícil, muy difícil de llenar.

Joaquín Díaz era todo un pa-
trio; consciente de los deberes
del escritor honrado, era al mis-
mo tiempo un educador popu-
lar ameno, lleno de ingenio y de
vigorosa personalidad. ¿Quién

El país entero le conocía co-
mo el primero de sus periodis-
tas y el más brillante y fascina-
dor de sus hombres de pluma;
pero los que le leyeron y admira-
ron, sólo conocían la mitad de
su alma. Para comprenderle y

en Chile no se ha deleitado con
la lectura de sus admirables pá-
ginas en que con mano maestra,
Angel Pino, nuestro querido ami-
go, resume sus estudios, obser-
vaciones, recuerdos, en que se
reflejan y saltan de relieve las
virtudes de nuestro pueblo, su
gracia ingénita, su acendrado
amor a la patria y al terruño en
que vive?

En las horas en que una pré-
dica tendenciosa trata de socavar
los sentimientos populares en
que descansan los destinos de es-
ta tierra tan querida por las ge-
neraciones pasadas, indicábamos
hace poco en estas columnas la
conveniencia de contrarrestarla
con un libro de lectura popular
y, como era de justicia, pedíamos
que en él se insertara en primer
término ese magistral retrato de
No Neira, en que Joaquín Díaz
había retratado al campesino
honrado, leal, generoso y valien-
te a toda prueba, retrato vivo de
un tipo que desgraciadamente va
siendo más y más raro entre no-
sotros.

Algunos de los escritos en la
prensa diaria que llevan al pie
su firma, recuerdan a Juvenal por
el vigor de la forma y por la
franqueza y valentía con que tra-
baja de corregir malas prácticas,
ejemplos perniciosos que tendían
a debilitar la fe en los grandes
destinos de la patria que quería
con toda la fuerza de su corazón
grande y generoso, preocupado
siempre de verla considerada y
respetada por cuantos en ella vi-
ven y prosperan.

Hombre de sanas y profundas
convicciones, literato correcto de
vasta ilustración, la huella de su
personalidad se encuentra en va-
riada forma en la prensa de la
capital en la cual colaboró con
un desprendimiento y una cons-
tancia a la cual algunos de sus
órganos debieron la prosperidad
y fortuna de que él gozó con
tanta escasez durante su laborio-
sa vida.

Ahora en la rígida inmovilidad
de la muerte, si fuera cierto que
en ella se sueña, como lo supo
Shakespeare, al reparar toda
su obra, Joaquín Díaz se sentirá
satisfecho, pues constituye un
noble ejemplo del deber amplia-
mente cumplido.

J. Boonen Rivera,

Para mis comprensiones de
psicólogo en observación perma-
nente desde antes que estuviera
tan de moda el verdadero vicio
espiritual de hacer psicologías,
los seres humanos se dividen en
obreros y artistas.

Existe el abogado—obrero que
hace particiones con proligidades
de notario y el abogado—artista
de los alegatos brillantes; el mé-
dico—obrero que atiende a toda
una familia atacada de gripe y
el médico—artista, tipo Charlin,
de las quirurgías audaces; el co-
rredor—obrero que trafica en los
de honos y el corredor—artista
apto para comprar cincuenta
mil Llagunas con variación de
diez puntos, en el curso de un
día.

Evito referirme a los políticos
para establecer el mismo parón-
gón. Estoy implicado: soy políti-
co—obrero.

Pienso en estas cosas ante la
muerte de Joaquín Díaz Garcés,
¡escritor tan artista!

Sólo esa faceta de su persona-
lidad poderosa deseo elogiar en
estas líneas de triste recordación
en la hora en que sus otras cua-
lidades merecerán tantos homena-
jes sentidos.

Joaquín Díaz Garcés era un
gran artista, un artifice de las
letras, un mago de la pluma.

Sabía decir las cosas con un
sello imponderable de belleza li-
teraria; plasmaba nuestro rico
castellano como pocos escritores
han conseguido emplearlo para
dar forma artística a las lucu-
braciones de un cerebro de elec-
ción; era su frase amplia y cá-
lida, vaso cincelado, cual los de
Benvenuto Cellini, que encerra-
ba la esencia de bellísimas ideas
de poeta y pensador...

Juan Duval.

DÓN JOAQUIN DIAZ GARCÉS

El escritor que acaba de aban-
donarnos perteneció al grupo de
esos hombres que en todas las so-
ciedades nacen con la vocación de
la prensa y el espíritu público.

Don Joaquín Díaz Garcés cursó
leyes y debió ser abogado; pero
las inclinaciones de su espíritu y
los sentimientos de su corazón lo
hicieron preferir a los triunfos
brillantes del foro, los triunfos
menos brillantes del periodismo.

Este hombre a quien se acusó
de impulsivo, escribió en las pri-
meras horas de la mañana, en el
silencio de su biblioteca, cuando
muchos de los buenos burgueses
santiaguinos no habían dejado
aún el lecho. Sentado a su mesa
de trabajo, junto a sus libros y a
sus autores favoritos, la vocación
lo arrastraba siempre haciéndolo
sentir una necesidad casi física
de vertir en el papel sus pensa-
mientos. ¿Cómo resistir? En la
frescura de la mañana, las ideas
frescas también, crecen, se unen
y se dejan dócilmente conducir.
El hombre es entonces un esclavo
de ellas; y lo es más cuando los
principios que ha sustentado—co-
mo en este caso—son definidos.

El periodismo es un médico pa-
ra las debilidades morales de la
sociedad; su pluma, un escalpelo
que va mostrando al desnudo los
miembros viciados. En esta forma
su labor, siempre útil, es a veces
ingrata. Por su sinceridad, por el
convencimiento de sus ideas,
por la valentía que tuvo para ex-
ponerlas sin consideraciones de
ningún género que las altermen,
el señor Díaz Garcés sufrió mu-
chas veces la impopularidad en
ciertas circunstancias.

Su escalpelo tuvo además, el
doble filo de la comprensión y de
la sátira; porque su idiosincrasia
no le hizo de este suelo, incisiva
a los otros, como hijos de una
vez, amable en otras, fué siem-
pre diplomática, culta y de buen
humor.

Sus armas pudieron ser muy
afiladas, muy agudas; sus críticas
demasiado certeras y demasiado
mordaces; pero unas y otras fue-
ron también nobles por su lealtad.
En muchas ocasiones defendió y
sirvió a la patria, a los débiles y
a los desamparados, a las obras
de caridad. Porque don Joaquín
Díaz no hizo otra cosa que luchar
por causas nobles. Cuantas ve-
ces vimos—en sus veinte años de
sano periodismo—ir a las colum-
nas de los diarios como al asalto.

Sus vibrantes artículos hacían
sentir su corazón sensible a todas
las múltiples manifestaciones de
la vida. Muchos confundieron en
este calor de sinceridad, este entu-
siasmo sano y generoso, con la pa-
sionada partidaria y mezquina. No
hubo, sin embargo, tal cosa; por-
que él nunca escatimó los aplausos
para sus adversarios políticos
cuando éstos realmente los mere-
cían. Podrían citarse de este he-
cho muchos casos; no hay para
qué en este momento.

En estos últimos años se había
hecho más profundo y razonador.
Aparecía acercarse al polemista po-
lítico. Pero nunca perdió esa fres-
cura, esa lozanía de los primeros
años que muchos abandonan en
la mitad del camino.